

CAPÍTULO X

LA HABITABILIDAD COMO CONDICIÓN DE LO HUMANO: HACIA UNA RECUPERACIÓN CRÍTICA DE SU COMPLEJIDAD

Gladys Elizabeth Ferreiro Giardina¹

José Trinidad Kañetas Ortega²

Edgar Hernández Constantino³

Se habría ganado bastante si habitar y construir entraran en lo que es digno de ser preguntado y de este modo quedarán como algo que es digno de ser pensado.

Martín Heidegger, 2015.

Preámbulo

La situación de crisis de la pandemia ha evidenciado como en toda coyuntura histórica, la complejidad y condensación de las contradicciones estructurales, propias de los modelos de desarrollo social impuestos por los sectores dominantes del orbe, en lo comúnmente conocido como mundo globalizado y su perspectiva civilizatoria de pretendido progreso, articulado en una imagen ideológica de modernidad y/o posmodernidad, que como

¹ Profesora investigadora IPN, ESIA Tecamachalco. Maestra en Antropología Social, INAH, ENAH. Licenciada en Bibliotecología, UNAM, FFyL. Miembro de la RESC IPN.

² Profesor Investigador IPN, ESIA Tecamachalco. Maestro en Formación de Sujetos y Conciencia Histórica, IPECAL. Licenciado en Antropología Social, INAH, ENAH.

³ Profesor investigador IPN, ESIA Tecamachalco. c. Maestro en Arquitectura, UNAM, FA. Arquitecto, IPN, ESIA Tecamachalco.

representación falsa de la realidad socio-histórica que vivimos los seres humanos en todos los ámbitos y rincones, locales, regionales, nacionales y mundiales, se agota y desgasta cada vez más en tanto instrumento hegemónico de dominación de las conciencias, ante la imposibilidad de alcanzar el bienestar y la satisfacción digna de nuestras necesidades vitales como especie, que en el caso del fenómeno urbano arquitectónico desplegado en las megalópolis actuales, resulta importante recuperar el sentido ontológico de la condición humana, intrínsecamente vinculado con la noción de habitabilidad.

El asunto de la complejidad de la actual crisis reside en que el estallido de la pandemia se suscitó en el contexto del desenvolvimiento, de suyo asimismo agudo y profundamente crítico, de la crisis económica, política, ideológico-cultural y medio ambiental del sistema capitalista mundial en su forma neoliberal que se ha gestado en las últimas décadas, en otras palabras, del capitalismo salvaje y depredador, generador de desigualdades sociales, injusticias, explotación e incontenible y demencial violencia.

El proceso de acumulación capitalista existente, en su lógica de búsqueda instrumental de eficiencia que ha agudizado sus mecanismos de concentración y centralización de las ganancias mediante sus procedimientos de bursatilización, especulación financiera, el dinero virtual, la tercerización, entre otros, han derivado en lo que ahora los economistas denominan como sobre o hiper-acumulación; modelo que se fractura, se estanca, anunciando sus límites históricos a todas luces de tendencias recesivas, sin que sus impulsores se cuestionen respecto de su contenido devastador de sobreexplotación del trabajo humano, de expropiación y despojo de los recursos naturales del mundo, apoyado en la utilización de la tecnología de punta de esta era de la digitalización cibernética, que impone las relaciones de poder que crean y reproducen las estructuras sociales constitutivas del sistema en su conjunto, lo que ya ha erosionado, desquebrajado y en buena medida hecho añicos la noción de civilización enarbolada como universal por la tradición del pensamiento occidental desde finales del siglo XVIII.

Lo anteriormente señalado se manifiesta en las políticas de desarrollo urbano, impuestas por el gran capital y la especulación inmobiliaria a los ciudadanos habitantes de las grandes urbes, desde un proceso de enajenación y deshumanización en la medida en que no consideran las necesidades

particulares y específicas de habitabilidad de los pobladores, ya que solo se plantean la problemática costo-beneficio en la búsqueda de obtención de ganancias.

Desde sus orígenes, pero acusadamente a partir de la Revolución Industrial del siglo XVIII, el capitalismo ha incrementado la densificación poblacional en las ciudades, generando una demanda de bienes y servicios indispensables para la subsistencia, alimentos, vivienda, atención a la salud, educación, infraestructura y equipamiento entre otros, igualmente creciente al aumento de la población; necesidades nunca satisfechas, dado que los recursos financieros requeridos para el impulso de políticas de crecimiento y desarrollo planificado eficaces, pretendidamente democráticas, que buscarían el bienestar y el posible mejoramiento de la calidad de vida de los ciudadanos con la riqueza y abundancia generada por la industrialización, nunca están ni disponibles, ni son suficientes.

Particularmente, en la ZMCM que es una de las concentraciones humanas más grandes del mundo, con más de 18 millones de habitantes, tan grande como su problemática urbano-arquitectónica, en esta ciudad de ciudades, pluriétnica y pluricultural, en la que colindan contrastantemente el acero, el concreto y el vidrio de los gigantescos edificios corporativos, con la miseria y la carencia del equipamiento urbano en las colonias, barrios populares y lugares de residencia de los pueblos originarios aún existentes y en resistencia, que en la década de los cincuenta del siglo pasado concentraba a su alrededor más del 50% de la planta productiva industrial de la nación en su conjunto, la pandemia cayó paralizándolo tanto la economía formal como la informal, la circulación de las mercancías, las pequeñas, medianas y grandes empresas, la circulación de la fuerza de trabajo, del transporte y los servicios, al convertirse en el principal foco de concentración e irradiación del virus, deteniendo, poniendo en jaque el ya de por sí limitado y problemático crecimiento económico, aumentando alarmantemente el índice de desempleo, entre otros aspectos críticos, los que evidentemente se condensan y articulan de manera compleja redefiniendo la necesidad de habitabilidad de sus ciudadanos.

El enclaustramiento de los habitantes de este monstruo que amamos y odiamos por igual, impone la cavilación e introspección acerca de lo que somos y hemos sido, en el tejido de un campo emocional, poblado de in-

certidumbres, miedos, angustias y otros Heraldos Negros, como decía el gran poeta peruano Cesar Vallejo (2016), que exige preguntarnos acerca del porvenir incierto y del papel que requerimos desempeñar en la reconstrucción de nuestro futuro, después de la pandemia. De forma similar a la que respondimos solidariamente como pueblo, como ciudadanos, ante otros desastres y tragedias humanas como los terremotos de 1985 y del 2017, por ejemplo, que impactaron y conmocionaron nuestras conciencias y especialmente los que tenemos que ver con lo que significa la arquitectura, el urbanismo y las necesidades de habitabilidad de los pobladores de nuestra ciudad y país, en la actual coyuntura se requiere una respuesta aún mayor y mucho más sólida ante la perspectiva de un futuro incierto para nuestras vidas en la ciudad, en estos momentos en que se retoma la cotidianidad y el espacio público.

En los terremotos con las pérdidas materiales y de vidas, se evidenció la complejidad de nuestra realidad social urbana, de sus profundas contradicciones y desigualdades, de los contenidos y significados de las historias de la vida y de la muerte de los seres humanos que somos los ciudadanos, nunca considerados — solo en los discursos — por el poder, por el Estado y el gran capital especulativo deshumanizante. Todo esto significa un enorme desafío para el conocimiento arquitectónico que, en su especificidad, complejidad e interdisciplinariedad, se objetiva en el hecho y el fenómeno arquitectónico en lo que entendemos como la perspectiva de la Producción Social del Hábitat (Romero, 2004), en estas condiciones históricas críticas que vivimos.

Hacia una epistemología de la complejidad en la arquitectura

Con base en lo hasta aquí expuesto, es necesario señalar que la arquitectura al ser una creación humana es un hecho social, cultural, históricamente determinado, con un alto contenido simbólico, forjador de modos de vida de los sujetos sociales y sus identidades socioculturales. En consecuencia, la arquitectura es un hecho complejo, producto del conocimiento humano, de su proyección, realización y objetivación en el hecho y el fenómeno urbano-arquitectónico. En este sentido, consideramos que los saberes re-

queridos por los arquitectos, los que hacen y construyen la arquitectura, en su preparación y formación como tales y desde luego, en su praxis profesional, es y debe ser holístico, multi e interdisciplinario.

Hablar del conocimiento y problematizarlo en tales circunstancias es de suyo enormemente complejo y desafiante para el ser del hombre, de ese peculiar ser lleno de incertidumbres y temores en estos ominosos tiempos pero, es una grandiosa oportunidad para reconstruirnos retomando nuestros sueños, nuestras utopías, para proyectarlas teleológicamente construyendo nuestro futuro con la fuerza recobrada de la vida y la inconmensurablemente poderosa arma del conocimiento humano.

La arquitectura siguiendo los razonamientos expuestos, no puede concebirse como un hecho fragmentado, en el que solo puedan y deban considerarse las características objetivas, formales, funcionales, físicas y materiales en tanto hecho constructivo fundamentado en lo comúnmente denominado conocimiento científico y tecnológico. Hacerlo así, corre el peligro de caer en perspectivas reduccionistas que incluso han llegado a lamentables formulaciones en la teoría de la arquitectura profundamente dogmáticas, lineales y limitadas, incapaces de abarcar el vasto panorama de lo que es el horizonte siempre abierto de las creaciones humanas. La arquitectura, el hecho y el fenómeno arquitectónico desde la perspectiva holística multi e interdisciplinaria, es un área o disciplina particular del conocimiento humano que se relaciona con un amplio abanico de áreas o disciplinas en forma compleja multi, inter y transdisciplinariamente, mismas que poseen un nivel o grado de especialización y desenvolvimiento diferenciado, en lo que ahora se entiende comúnmente como el conocimiento científico que de igual forma, poseen estatutos y protocolos teóricos en sus procedimientos de experimentación, obtención de los materiales facticos, comprobación y establecimiento de criterios de verificación y verdad suficientes para la definición de sus principios y leyes generales.

Estos campos del saber deben superar sus particularidades dialógicamente con respecto de la arquitectura, que se relaciona con: la física, la química, las matemáticas, la geometría, la geología, la biología, mencionando solo algunas de este tipo, las conocidas, como ciencias naturales o ciencias duras, en donde el criterio de verdad es cuantitativo y empíricamente comprobable; pero asimismo, también se relaciona con la historia, la economía,

la filosofía, la epistemología, la estética, la sociología, la antropología, la psicología, la geografía, la semiótica, entre otras, las ciencias sociales, las humanidades o ciencias del espíritu, como las denominó, Hans-Georg Gadamer (2015), en donde no solo operan los criterios cuantitativos de lo empíricamente comprobable, por elaborados y sofisticados que sean, sino que requieren del análisis de lo cualitativo en sus perspectivas de desenvolvimiento como área del conocimiento humano. Las relaciones multi, inter y transdisciplinarias de la arquitectura, esbozadas hasta aquí en términos generales, y buscando complementar una primera visión de conjunto de esta problemática, cabe destacarse que son dialécticas, biunívocas en cada caso, y necesariamente, implican un trabajo teórico y epistemológico desde la arquitectura, en su especificidad, hacia la de que se trate: física, matemáticas, geología, geografía; o historia, economía, antropología o filosofía; como, y de igual manera, desde cada área o disciplina hacia la arquitectura.

La epistemología o la teoría del conocimiento, como también se le conoce en estos tiempos, muestra una problemática en la que el asunto de la complejidad esto es, del pensamiento complejo, su entendimiento, comprensión y utilización en términos metodológicos, procedimentales e instrumentales, en la construcción del conocimiento, es una de sus vertientes primordiales fundamentales, en la cual el asunto de la totalidad está íntimamente vinculado. En nuestra actualidad, el contexto sociohistórico, exige a la epistemología un replanteamiento de sus premisas. Tales son las condiciones de la crisis estructural del sistema capitalista, que abarca e incide con violencia inusitada en todos y cada uno de los aspectos de la vida en sociedad, de la naturaleza, de la especie humana, del planeta mismo, de la civilización en su conjunto. Todo esto se expresa en términos epistemológicos, en esta suerte de mentís histórico y de ruptura que se ha ido configurando con respecto de la tradición del pensamiento occidental, heredada de la Ilustración, el Siglo de las Luces, el Enciclopedismo, con todos los contenidos inherentes a su visión y prospectiva fragmentaria, tipificadora, en el establecimiento de estamentos compartimentados, aislados, que avanzaron en la especialización del conocimiento, viendo el árbol y no el bosque, que configuraron las nociones hegemónicas de la ciencia y la tecnología que prevalece aún en nuestros días, como herencia impuesta en la que hemos sido educados y formados, herencia europeo-centrista que, en última

instancia, solo sirve para reproducir las relaciones de poder omnímodas imperantes, sustentadas en el paradigma que separa y opone el sujeto con el objeto del conocimiento, paradigma que en última instancia es propio y útil para las ciencias naturales, duras y/o exactas, pero incompatible e inaplicable para las ciencias sociales y/o humanísticas, cuyos horizontes de estudio y construcción de conocimiento están o deben estar sustentados en el paradigma de la intersubjetividad es decir, de la relación entre sujetos y sus subjetividades, dado que los seres humanos no somos en ningún caso objetos, sino sujetos sociales.

La construcción de saberes, sobre lo que consideramos es la realidad, a lo largo del devenir histórico de Occidente, forjó lo que hoy conocemos como las disciplinas de las ciencias sociales que, fundamentalmente abordan los ámbitos de la subjetividad humana, en su historicidad y sus diversas manifestaciones o prácticas. Más o menos a partir del siglo XIX, estos enfoques reflexivos de la actividad humana, se institucionalizaron y elaboraron explicaciones teóricas, que hoy desde el contexto de la teoría crítica y la condición posmoderna Lyotard (2005), llamara metarrelatos. Estos, proporcionaban sentido y dirección al mundo moderno, intentando dar respuestas a la patología social gestada por el desarrollo de la industrialización, en la sociedad europea y sus colonias.

Así, el conocimiento sobre lo humano aparece parcializado y con el transcurso del tiempo, estos marcos explicativos dejan de ser congruentes con una realidad que aparece cada vez más caótica sobre todo, al acercarnos a las últimas décadas del siglo XX; ante la crisis del proyecto de modernidad, que se agudiza después de la segunda guerra mundial, así como la aceleración del proceso de industrialización y la aparición de las tecnologías de la información, que transforman el capitalismo y globalizan los mercados. Las contradicciones de este modo de producción, que se exacerban con los rápidos cambios estructurales, tienen un impacto social en donde la desigualdad, la pobreza y la marginación, en el campo y en la ciudad, empiezan a tener dimensiones exorbitantes, lo que detona el cuestionamiento que se genera sobre los beneficios del desarrollo tecnológico, en el ser humano y el medio ambiente.

Dentro de este proceso, debido a la necesidad de explicar la creciente deshumanización, entre otros fenómenos, muchas disciplinas empiezan a

dialogar entre sí, compartiendo interpretaciones y herramientas de análisis cualitativas, alejándose del positivismo reduccionista con la incorporación de la semiótica y la hermenéutica como parte de las variables presentes en los procesos de investigación, es decir, aparece lo que se conoce como el giro cultural.

En este contexto, el paradigma de la complejidad niega el determinismo epistemológico; por lo que nuestro objeto o sujeto de estudio en construcción, debe ser concebido como una totalidad compuesta por elementos, que lo estructuran como tal; por lo tanto, es necesario aproximarse a cada una de sus partes, entendidas como diversos sistemas y subsistemas, relacionados en una dinámica energética, que los cohesiona y/o los disipa. Al respecto, Edgar Morin (2001) y Rolando García (2000), consideran que el pensamiento complejo no tiene una estructura lineal, sino una lógica que opera con los principios dialógico, recursivo y hologramático básicamente.

Por tanto, un fenómeno y sus variables, no se pueden estudiar de manera aislada, es necesario aproximarse a sus múltiples determinaciones, aristas y matices que conforman eso que llamamos realidad. En este sentido, la inter y transdisciplina, como el pensamiento crítico son fundamentales en los procesos de enseñanza aprendizaje, el desarrollo de la investigación y la elaboración de nuevos saberes.

Hombre, arquitectura y habitabilidad: una perspectiva filosófico-antropológica

A partir de este marco general y acercándonos al hecho arquitectónico, nos interesa problematizar el producto edilicio como un fenómeno cultural, ya que este, es desarrollado por el hombre, y ello implica considerar que somos hacedores de la cultura, ese amplio espectro que va desde lo materialmente creado a través de diversos procesos productivos, que implican el trabajo, como elemento estructurador del proceso de humanización (Engels, 2014)⁴ hasta su aspecto generador de sentido.

⁴ Engels, desde la concepción materialista de la historia, considera al trabajo como el elemento articulador que permitió el desarrollo del lenguaje y de la asociación comunitaria, mismos que implican la construcción de recursos subjetivos, por tanto, simbólicos.

Así el trabajo, sus prácticas y el lenguaje, dentro del entramado simbólico (Geertz, 2001), por tanto, imaginal que da sentido a la producción objetiva, a la cotidianidad instrumentalizada en la que transita la vida, vistos desde los principios del pensamiento complejo, articulan inacabablemente al ser humano en su integralidad. Un aspecto que no podemos dejar de considerar es que, en la perspectiva interdisciplinaria y a partir de la semiótica, ponderando que la arquitectura es en última instancia, un lenguaje, con un contenido altamente simbólico, y que la semiótica abre paso a la antropología estructural, simbólica y posmoderna, en relación a la arquitectura, el lenguaje adquiere un papel central en la construcción de sentido(s) y por tanto de la(s) cultura(s), es decir de lo humano propiamente dicho.

En el momento de nacer, el hombre es un ser completamente desvalido y desorientado; le faltan puntos de referencia fiables y, sobre todo, lenguajes adecuados para poder instalarse en el mundo, es decir, para humanizarse en el mismo acto de humanizar su entorno. Resulta harto evidente que se encuentra lanzado en un mundo que no ha escogido ni previsto, en cuyo interior deberá emprender la arriesgada tarea, jamás concluida definitivamente, de “pasar del caos, al cosmos”, de dejar de ser un in-fans (alguien que aún no habla, que es incapaz de expresarse, que se halla totalmente descolocado) para convertirse, poco a poco en un *empalabrador* eficiente de él mismo y de la realidad. Para llevar a cabo esa tarea con ciertas garantías de éxito necesitará de un conjunto de *transmisiones*, que le faciliten la inserción en el trayecto vital que le corresponde, en cuyo recorrido deberá ser *acogido* en el seno de una comunidad y *reconocido* por ella. (Duch, 2002, pp. 11-12)

Es decir, poder comunicar, transmitir y reproducir(nos) mediante lo simbólico, no solo permite una vinculación con la otredad que confecciona la identidad individual y étnica, sino que este proceso, es el generador de sentido en el ser del hombre. Es por ello por lo que no podemos concebir la habitabilidad como una noción fija o dada, caracterizada únicamente a partir de ciertos parámetros de carácter material como el confort, considerado, como se hace generalmente por los arquitectos y urbanistas, solo como

dato estandarizado, por ejemplo. Es más bien una condición cultural, es decir compleja, holística e historizada, susceptible de ser acotada temporal y espacialmente en tanto lo que es en sí y para sí, un proceso, una dinámica humanizante o deshumanizante, según sea el caso.

El proceso de humanización y su relación con esta perspectiva de la habitabilidad, lo podemos fundamentar a partir de re-colocar lo humano en el centro del hecho arquitectónico, del cual es inherente debido a su existencialidad. Heidegger (2015), señala que el hombre es tal, porque habita, por ello, construye:

Ser hombre, significa: estar en la tierra como mortal, significa habitar [...] el hombre es en la medida en que habita; [...] no habitamos porque hemos construido [...] construimos en la medida en que habitamos [...] el rasgo fundamental del habitar es este cuidar (custodiar, velar por) [...] pensemos que el ser del hombre descansa en el habitar, y descansa en el sentido de residir de los mortales en la tierra. Pero *en la tierra, significa bajo el cielo*. Ambas cosas co-significan *permanecer ante los divinos* e incluyen un *perteneciendo a la comunidad de los hombres*. Desde una unidad originaria los cuatro -tierra, cielo, los divinos y los mortales- pertenecen a una unidad (Heidegger, 2015, pp. 13 -27)

En esa unidad, que Heidegger llama “la cuaternidad”, el ser del hombre habita, por tanto, cuida la tierra, en respetuosa comunión con ella y en ella, lo que es una mirada totalmente sustentable del habitar, por lo que proponemos como principio ordenador de nuestra reflexión la noción de habitabilidad holística; es decir porque parte, desde la esencia libertaria del equilibrio humanizador, la continuidad del hombre con el entorno, así social, así natural, cósmico;

...los mortales abrigan y cuidan las cosas que crecen, erigen propiamente las cosas que no crecen. El cuidar y el erigir es el construir en el sentido estricto. El habitar, en la medida en que guarda (custodia) a la Cuaternidad en las cosas, es, en la medida de este guardar (custodiar), un construir. (Heidegger, 2015, pp. 13 -27)

La condición ontológica del ser humano parte dialógicamente del pensar y el hacer, y de esa manera, es que se va gestando y articulando en el devenir, la cultura, es decir el hombre mismo, que tiene la particularidad de habitar como un acto consciente y necesario no solo para sobrevivir, sino para trascender su condición de finitud, de mortal sobre la tierra, que imbrica complejamente la Cuaternidad, es decir los elementos detonadores de la vida (como especie y como sujeto), así como su continuidad ontogenética. De ahí que el cuidado, (por el otro, y por lo otro) constituye esa matriz helicoidal que dinamiza la continuidad que tiene un ethos recursivo. Pero el pensar y el hacer, que aparentemente son actividades disímiles, en el caso del ser humano, están dialécticamente interrelacionadas a partir del dispositivo simbólico, que da dirección, sentido y certidumbre a través de representaciones abstractas y concretas de la realidad.

La integralidad del proceso de humanización, atendiendo específicamente a las transformaciones que realizamos en nuestro entorno vivencial, ya sea en el espacio urbano o rural y que implican acotar, diseñar-designar un espacio o un objeto (Martín, 2002) que al ser pensado, proyectado, intervenido, adaptado, construido y modificado por el hombre, se convierte en arquitectura, entendida ésta siguiendo a Saldarriaga (2010) como una forma de pensar y hacer habitable el mundo; misma que refleja (a través del hecho constructivo) y al mismo tiempo proyecta (mediante el dispositivo simbólico, concreto en la materialidad del objeto arquitectónico, pero desplegado a través de su disposición espacial, su función práctica, sus formas geométricas y los recursos plásticos que la acompañan), como un holograma, por tanto, objetiva y subjetivamente, en dialogía recursiva, las condiciones económicas, sociales, políticas, en sí mismas culturales, desde una cierta temporalidad territorializada, que adscribe sentido(s) al producto, para el caso, al fenómeno arquitectónico, que en sí, al ser creación humana debe contener condición de habitabilidad.

Tangencialmente se percibe, desde lo existente humano, cómo Heidegger, no sólo se está refiriendo a levantar una pared o sostener un techo, sino que el construir, es también un erigir desde, con y para la subjetividad, que no confiere únicamente la reproducción de la vida material, sino atiende a la permanente resemantización del (los) sentido(s), que está(n) depositado(s) en el espacio mediado o en el objeto construido y que a su vez, reconfigura

lo fenomenológico, al individuo y a la comunidad. Se reitera asimismo que la condición de habitabilidad, desde esta mirada filosófica, antropológica, tiene que ver con ser y estar en el mundo, en conjunción con la Cuaternidad es decir, lo humano que es también lo numinoso, inserto en el dispositivo simbólico, con la naturaleza, con el cosmos, con el universo...

... ¿qué provecho real tendrá la arquitectura de que la filosofía descubra y describa las premisas en que se basa? [...] ¿Servirá para que a partir de ahí se construya *de otra manera*, más barato, más perfecto, mejor, con mayor productividad? ¿O el descubrimiento de esas premisas es únicamente una cuestión teórica que permite a la filosofía demostrar vanidosamente su superioridad en cuanto a erudición, sin que sus conocimientos le aporten nada esencial a los arquitectos, ni a los urbanistas, ni a los habitantes?

Más esencial que la arquitectura como actividad especializada es la arquitectónica como delimitación histórica de la realidad. En la antigüedad se fundaban ciudades y había arquitectura porque la propia disposición de la realidad era arquitectónica. En la época moderna la arquitectura se va convirtiendo en un sistema constructivo basado en la técnica la ingeniería y la mercantilización porque la disposición básica de la realidad es antiarquitectónica. (Kosik, 2012, pp. 54, 55).

La aproximación a la noción de habitabilidad, entendida holística por tal sustentable, aquí planteada, es uno de los posibles caminos para la recuperación de la arquitectónica, que de acuerdo con Kosik (2012), ha perdido la arquitectura moderna, a favor de la cosificación de la vida humana, vía la instrumentabilidad tecnológica de la producción capitalista; la enajenación del trabajo mediante la precariedad y la alienación de la subjetividad subsumida al consumo efímero, eje de la acumulación en las múltiples formas que adquiere el despojo, por siglos presente en nuestros territorios, culturas y experiencias espaciales.

Idealmente la arquitectura podría entenderse como la búsqueda de la habitabilidad. Con ello habría que considerar la relación entre el objeto arquitectónico y los distintos contextos; el hombre, siempre será el centro

de esta interacción desde la cual ante la diversidad cultural, esto es, los diferentes sistemas de identidades siempre en confrontación dentro de las ciudades modernas, implica que es pertinente considerar la presencia de las relaciones de poder entre los distintos sujetos y muchos niveles de aproximación de estos, a la arquitectura.

Por otro lado, aunque pretendamos definir la arquitectura, debemos saber que habrá múltiples interpretaciones en la comprensión de su desarrollo, pero como se ha mencionado arriba, es innegable que esta, está en función del marco económico, histórico-social, cultural y político. En este sentido, es necesario ver la arquitectura como una manera de interpretar la realidad, aproximándonos a ella con la finalidad de cobijar al hombre, a partir de los elementos que conforman el espacio y que le son familiares y reconocibles; lo anterior implica trascender los aspectos meramente técnico-utilitarios y funcionales para dar cabida a otros significados y, tratar de lograr una apropiación en un sentido existencial. Esto último, implica una recuperación de la condición humana, en términos de un continuo proceso de búsqueda de la libertad, es decir, desde la mirada Heideggeriana, la esencia del construir que erige debe ser pensada desde el reencuentro con los elementos inherentes a la cultura que integran la Cuaternidad, ya que ésta debe estar presente desde la conceptualización de las premisas de diseño, porque

el construir no configura nunca “el” espacio [...] el construir, al producir las cosas como lugares, está más cerca de la esencia de los espacios y del provenir esencial “del” espacio que toda la Geometría y las Matemáticas. Este construir erige lugares que disponen un paraje a la Cuaternidad. De la simplicidad en la tierra y el cielo, los divinos y los mortales se pertenecen mutuamente, el construir recibe la indicación para su erigir lugares [...] sobre esta correspondencia se basa todo planificar el cual, por su parte, brinda a los proyectos las zonas adecuadas para sus líneas directrices.” (Heidegger, 2015, pp. 35 - 51)

Ahora bien, la creación de un lugar, que por ende contiene y despliega identidad sociocultural, actualiza la memoria colectiva, y re-crea gramáticas propias (Vergara, 2013) mediante su uso reiterado que se resemantiza ante la incertidumbre y el vaivén recursivo de la temporalidad; esa esencia

del construir, que es el dejar habitar (libertad del despliegue de lo humano y reposicionamiento horizontal, incluso subsumido y respetuoso ante la naturaleza), se consume, en el crear lugares por medio de la composición arquitectónica de sus espacios. “Sólo si tenemos la capacidad de habitar, podemos construir”. (Heidegger, 2015, p.47). Ahora, volviendo a Duch (2002) los seres humanos, para garantizar el desarrollo de la vida material y la continuidad, necesitamos el soporte cultural, en donde se gestan lo que él llama: las estructuras de acogida, es decir, la familia, las instituciones, el territorio, lo sagrado.

En este orden de ideas y siguiendo las enunciaciones Heideggerianas, en términos de considerar la definición ontológica del ser del hombre, en el sentido de que el hombre es en tanto que habita, construye y piensa, y que la habitabilidad es, por ello, una posibilidad de trascendencia en oposición a la inmanencia del ser del hombre considerado como perpetuo movimiento en búsqueda de los elementos, factores y constituyentes de su mismidad en tanto que ser vivo, esto es de sus necesidades vitales para ser en sí y para sí, en su sentido de cuidar de los objetos, las cosas y los seres vivos que se relacionan con y en ellas, en una trayectoria y perspectiva de búsqueda de satisfacción, en el sentido de cuidar la vida misma, sostenemos que es menester introducir en esta disquisición a la antropología y sus enunciaciones y consideraciones acerca de lo que es la cultura.

En una primera aproximación conceptual a lo que aquí señalamos y en principio, como ya mencionamos, entenderemos por cultura el conjunto de hábitos, conocimientos, costumbres, tradiciones, religiosidad, ritos, mitos, arraigo territorial, vida ceremonial y festiva, lengua, creencias, memoria colectiva, arraigo, comportamientos, formas de vestir, de comer, de festejar, de ejercer la sexualidad, de aceptación, autoasignamiento y reconocimiento del sentido de pertenencia a una colectividad o comunidad humana o grupos social determinados, todos estos elementos o componentes, de carácter tangible o intangible, articulados en un sistema de identidad y cosmovisión que define al grupo social de que se trate, sea una clase social, una etnia, un pueblo, etc.

El enunciar de esta forma a la cultura, nos obliga metodológicamente a hablar de ella no en general, sino en particular, esto es, de forma específica, ya que lo que es en sí y para sí, fenoménica y esencialmente, no es la cul-

tura en general, sino los sistemas de identidad cultural de grupos humanos o sectores específicos de ellos. Consecuentemente, aquí no hablaremos de la cultura como algo general, sino de sistemas de identidad específicos, de grupos sociales específicos.

Con estos señalamientos iniciales, pretendemos de alguna forma precisar lo que entenderemos por habitabilidad. Como puede apreciarse, la serie de elementos y/o componentes enunciados de la cultura, y, consecuentemente, de los sistemas de identidad cultural, bien puede ser considerada y ponderada de forma pormenorizada y particularizada, al interior de la Cuaternidad a la que alude Heidegger, es decir, cobijada, por así decirlo por esta ubicuidad bajo el cielo y sobre la tierra, entre los mortales y lo divino o numinoso, en donde el ser del hombre cuida y, de alguna manera, protege y cobija el ser de los objetos, de las cosas y de los propios seres humanos, asignándole un sentido de trascendencia al espacio con y en su ser al habitar, al construir, al pensar. Así podemos concluir, provisionalmente, que la habitabilidad es la expresión general y abstracta de la necesidad específica de trascendencia del ser del hombre manifiesta en su cultura, considerada en general, y en sus sistemas de identidad cultural ponderados de forma concreta, particular y específica.

En este orden de ideas, es necesario señalar, que el enunciar a la cultura en esos dos planos o dimensiones, el general y el particular y/o específico, y que, de suyo, estas aseveraciones nos obligan metodológicamente a hablar, enunciar y argumentar respecto de la habitabilidad y de la cultura no en general, sino en términos de sistemas específicos de identidad cultural, esto implica ubicar en su totalidad y complejidad el fenómeno del que estamos hablando, esto es, no como algo homogéneo, unitario y no contradictorio, susceptible de análisis abstractos y tipificaciones estandarizadas y solamente ponderadas cuantitativamente, sino, precisamente, en la contradicción cuantitativa y cualitativa de sus elementos y componentes, en sus relaciones dialécticas, complejas y concretas.

Henry Lefebvre (2013), en su amplia reflexión crítica sobre la ciudad, ya argumentaba refiriéndose al espacio urbano de las ciudades capitalistas modernas, sosteniendo que no existe espacio sin relaciones sociales, ni relaciones humanas sin espacio y que, en el espacio urbano capitalista se sintetizan y condensan las contradicciones sociales estructurales del siste-

ma en su conjunto, consecuentemente, las relaciones de poder que le son inherentes. Luego entonces, siguiendo el sentido de las enunciaciones de Lefebvre, al referirnos a la cultura y a los sistemas de identidad cultural lo hacemos denotando una situación de conflicto, de confrontación entre los intereses de clase y/o sectores sociales. El espacio urbano es en última instancia, un ámbito de la lucha de clases. De tal suerte que aquí entendemos de igual manera la habitabilidad, es decir, una situación en lucha por y en el espacio urbano.

Conclusiones

En la perspectiva de considerar el paradigma de la complejidad, nos parece pertinente destacar la importancia de refundar la epistemología actual de la arquitectura, en el sentido de que metodológicamente, se fundamente desde el enfoque y la mirada dialógica propuesta por la arquitectura y el diseño participativo en los ámbitos de la investigación y el ejercicio profesional de los arquitectos y urbanistas, en su forma de abordar el fenómeno urbano arquitectónico en nuestros días.

Lo que nos parece más rescatable, es la consideración de la noción de habitabilidad, teniendo en cuenta y como punto de partida, el papel y función incluyente de los habitantes y/o usuarios del hecho y fenómeno urbano arquitectónico, que sienten, piensan y opinan en torno al diseño de sus espacios en donde despliegan su cotidianidad y resuelven las contingencias de su vida, dado que el hecho arquitectónico es una intervención en la vida esto es, en su condición humana en toda su integralidad, lo que en la mayoría de los casos no se considera adecuadamente en la planificación y desenvolvimiento de los proyectos urbanos en las sociedades contemporáneas, “...el sentido propio del construir -a saber: el habitar – cae en el olvido. [...] el habitar no se piensa nunca plenamente como rasgo fundamental del ser humano” (Heidegger, 2015, p. 17).

Consideramos que la primera línea de acción está en relación con un proceso de reflexión crítica de la enseñanza en las escuelas que forman a los arquitectos y urbanistas, en el sentido de una apertura a ponderar los

ámbitos de la subjetividad humana, analizados y contruidos mediante la participación como base para la investigación cualitativa.

Se trata de aprender a pensar por cuenta propia, los estudiantes deben recuperar y trabajar su subjetividad para estar en condiciones de desarrollar su formación académica desde una perspectiva dialógica y abrir la sensibilidad hacia esta perspectiva de la habitabilidad, en este sentido, nos parece pertinente sugerir que en el diseño curricular se integren estrategias didáctico-pedagógicas orientadas a partir de la pedagogía crítica (Freire, 2006) y la didáctica no parametral (Quintar, 2006) entre otros enfoques dialógicos e intersubjetivos, ya que ello permitiría trascender la instrumentalidad, la precariedad subjetiva y el pragmatismo inherente a las visiones reduccionistas de la arquitectura que predominan en los ámbitos institucionales, ya que el programa y el diseño arquitectónicos están entendidos en un sentido exclusivamente cuantitativo, como una síntesis abstracta resuelta a partir de parámetros aritméticos y/o estándares, que son en sí mismos limitados para entender la condición de habitabilidad como un continuum complejo, cambiante, historizado culturalmente articulado en el perpetuo devenir dialéctico propio de la condición del ser del hombre, ya que el espacio es una construcción humana, por tanto sociocultural.

Referencias

- Duch, L. (2002). *Antropología de la vida cotidiana: simbolismo y salud*. Trotta.
- Engels, F. (2014). *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre y otros textos*. Ediciones Godot.
- Freire, P. (2006). *Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para una práctica educativa*. Siglo XXI.
- Gadamer, H-G. (2015). *Verdad y método II*. Ediciones Sígueme.

- García, R. (2000). *El conocimiento en construcción, de las formulaciones de Jean Piaget a la teoría de sistemas complejos*. Gedisa.
- Geertz, C. (2001). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Heidegger, M. (2015). *Construir habitar pensar, bauen wohnen denken*. La Oficina ediciones.
- Kosik, K. (2012). *Reflexiones antediluvianas*. Ítaca.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capital Swing.
- Liotard, F.J. (2005). *La posmodernidad, explicada a los niños*. Gedisa.
- Martín Juez, F. (2002). *Contribuciones para una antropología del diseño*. Gedisa.
- Morin, E. (2001). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- Quintar, E. (2006). *La enseñanza como puente a la vida*. IPN, IPECAL.
- Romero, G y Mesías R. (coords). (2004). *La participación en el diseño urbano y arquitectónico en la producción social del hábitat*. CYTED.
- Saldarriaga Roa, A. (2010). *Pensar la arquitectura, un mapa conceptual*. Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
- Vallejo, C. (2016). *Los heraldos negros – Trilce*. Secretaría de Cultura.
- Vergara Figueroa, C. A. (2013). *Etnografía de los lugares: una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. INAH, ENAH, Ediciones Navarra.